

componen. Llegados á Lenmy nos costó gran trabajo instalar nuestras tiendas por encontrarnos en el momento de una marea muy viva y llegar el bosque hasta la misma orilla del mar. En pocos instantes nos encontramos rodeados de indios casi de pura raza. Nuestra llegada les causa gran sorpresa, y uno de ellos le dice á otro: «Ves por qué hemos visto tantos papagayos últimamente; el cheucau (pajarillo singular de pecho rojo que habita los bosques más espesos y deja oír los gritos más extraordinarios) no ha abierto la boca para nada: ¡mucho cuidado!» No tardaron en proponernos algunos cambios. Para ellos la plata tenía poco ó ningún valor, pero deseaban, sobre todo, proporcionarse tabaco. Después del tabaco lo que más valor tenía á sus ojos era el indigo, después el capsicum, los vestidos viejos y la pólvora. Este último artículo lo buscan con un objeto bien inocente: cada parroquia tiene un fusil público y necesitan pólvora para hacer salvas el día del Santo patrón y los días de gran fiesta.

Se alimentan principalmente los habitantes de la isla de Lenmy de conchas y patatas. En ciertas épocas cogen en los *corrales* ó pequeños fondeaderos que cubre la marea alta, peces que quedan allí cuando se retira el mar. Tienen también gallinas, carneros, cabras, cerdos, caballos y bueyes; el orden en que los indios marca la proporción en que se encuentran. No he visitado pueblo más atento ni más modesto. Comienzan por decir que no son españoles sino desgraciados indios que tienen imperiosísima necesidad de tabaco y de algunos otros artículos. En Caylen, la más meridional de estas islas, cambiaron los marineros un paquete de tabaco que apenas valdria 15 céntimos por dos gallinas, una de las cuales, dice el indio,

tiene un pellejo entre los dedos, y resultó ser un magnífico pato. A cambio de unos pañuelos de algodón que con seguridad no valian más de tres ó cuatro francos nos proporcionamos tres carneros y un buen paquete de cebollas. En esta isla se encontraba la chalupa á bastante distancia del lugar donde nos hallábamos, y no estando muy seguros de que no fueran los ladrones á intentar apoderarse de ella durante la noche, advirtió nuestro piloto Mr. Douglas al gobernador del distrito de que siempre teníamos centinelas por la noche, que llevaban armas de fuego y que no sabían ni una palabra de español, y, por consiguiente, que dispararían sobre cualquiera que se aproximase. El gobernador respondió con mil protestas de humildad, que teníamos razón, y prometió que ninguno de sus administrados saldría de su casa en toda la noche.

Durante los cuatro días siguientes continuamos nuestra derrota hacia el Sur. El carácter general del país sigue siendo el mismo, pero la población va siendo cada vez más diseminada. En la gran isla de Tanqui apenas se encuentra un campo labrado; por todos lados cuelgan las ramas de los árboles hasta la orilla del mar. En un acantilado de grés descubro un día algunas plantas muy hermosas de *Guennera scabra*, muy parecidas á la del ruibarbo gigantesco. Los habitantes comen los tallos, que son acidulados, y se sirven de las raíces para curtir las pieles y para preparar un tinte negro. La hoja de esta planta es casi circular, pero profundamente dentada en los bordes. He medido una que tenía cerca de ocho pies de diámetro y, por consiguiente, ¡24 de circunferencia! El tallo tiene más de un metro de altura y cada planta tiene cuatro ó cinco de esas enormes hojas, lo que le da un aspecto grandioso.



6 de Diciembre.—Llegamos á Caylen, llamado *el fin de la Cristiandad*. Por la mañana nos detenemos algunos minutos en una casa situada al extremo septentrional de Laylec, punto extremo de la cristiandad en la América del Sur, y, hay que declararlo, la casa no es más que una horrible choza. Nos hallamos á los 43°, 10' de latitud, ó sea 2° más al Sur que el río Negro en la costa del Atlántico.

Estos últimos cristianos son extraordinariamente pobres y aprovechan su situación para pedirnos un poco de tabaco. Como prueba de su pobreza puedo decir que poco tiempo antes habíamos encontrado á un hombre que había hecho tres días y medio de viaje á pie y tenía que repetirlo para volver á su casa, y todo con el exclusivo objeto de cobrar una alcotana y unos peces. ¡Qué dificultades no habrá para adquirir la cosa más insignificante cuando se da tanto trabajo para recuperar tan pequeña deuda!

Por la tarde ganamos la isla de San Pedro, donde encontramos anclado el *Beagle*. Doblando una punta de la isla, desembarcan dos oficiales para estudiar algunos ángulos con el teodolito. Sentado sobre una roca vemos un zorro (*Canis fulvipes*) especie, dicen, particular de esta isla, hasta en la cual es muy raro; es joven y está tan absorto en la contemplación de los dos oficiales, que me acerco á él sin que me descubra y le rompo la cabeza con el martillo de geólogo. Este zorro, más curioso ó más amigo de las ciencias, pero de todas maneras menos sagaz que la mayor parte de sus hermanos, se encuentra hoy en el Museo de la Sociedad Zoológica.

Aprovecha el capitán Fitz-Roy una estancia de tres días que hacemos en este puerto para intentar llegar al vértice de San Pedro. Los bosques son en estos pa-

rajes algo diferentes de los de las regiones septentrionales de la isla. Las rocas están formadas de micaquistos, lo que hace que no haya playa, sino que se hunde perpendicularmente la roca en el mar. El paisaje recuerda más, por lo tanto, á la Tierra del Fuego, que á las otras partes de la isla de Chiloé. En vano tratamos de llegar á la cumbre de la montaña; es tan espeso el monte, que nadie que no lo haya visto puede imaginar siquiera aquel amasijo de troncos de árboles muertos y moribundos. Puedo asegurar que muchas veces hemos marchado más de diez minutos sin tocar al suelo; á veces hemos llegado á estar á 10, 12 y 15 pies de altura, divirtiéndose los marineros que nos acompañaban en marcar las profundidades. Otras veces teníamos que rastrear á gatas para pasar bajo un tronco podrido. En las partes inferiores de la montaña se encuentran hermosos *winters bark*, un laurel que se parece al sasafraz que tiene hojas aromáticas, y en fin otros árboles cuyos nombres ignoro, unidos por una especie de bambú rastrero. Nos encontrábamos allí en la misma situación de los peces en la red. En la parte alta de la montaña reemplazan los espinos á los grandes árboles, pero de cuando en cuando se encuentra un cedro rojo ó un pino alerce. Tuve la fortuna de volver á ver á una altura de poco menos de 1.000 pies á nuestra antigua amiga el haya meridional; pero no son más que árboles empobrecidos y creo que este sea su límite septentrional. En la imposibilidad de avanzar renunciamos á la ascensión al San Pedro.

10 de Diciembre.—La chalupa y la ballenera, al mando de Mr. Sullivan, prosiguen estudiando las costas de Chiloé, pero yo me quedo á bordo del *Beagle* que sale al día siguiente de San Pedro con dirección al Sur.



El 13 penetramos en una bahía situada en la parte meridional de Guayatecas ó archipiélago de las Chonos; lo que fué muy feliz para nosotros, porque al día siguiente estalló una tempestad, digna por todos conceptos de las de la Tierra del Fuego. Inmensas masas de nubes blancas se apilan en un cielo azul intenso, fajas de vapores negros festoneados las atraviesan incessantemente; las cadenas de montañas no se nos presentan sino como sombras, y el sol poniente proyecta sobre los bosques una luz amarilla muy semejante á la que pudiera dar una lámpara de alcohol. El agua está blanca de espuma, y el viento sopla con siniestro silbido á través de los cordajes del barco; en suma, se trata de una escena terrible, pero sublime. Durante algunos minutos aparece un espléndido arco iris, y es curioso observar el efecto de la niebla, que transportada por el viento á la superficie del agua, transforma el semicírculo ordinario en un círculo completo: una banda de los colores del prisma sale de los dos extremos del arco y atraviesa la bahía para venir á juntarse al barco y forma de este modo un anillo irregular, pero casi completo.

Tres días permanecemos en este punto. Sigue el tiempo muy malo, pero nos importa poco, porque es casi imposible circular en las islas. Es tan accidentada la costa, que tratar de pasear en cualquier dirección es entregarse á una gimnasia continua sobre las agudas puntas de las rocas de micasquisto. En cuanto al suelo, algo más compacto, está cubierto de monte tan espeso, que todos llevamos en la cara, en las manos y en todo el cuerpo señales de los esfuerzos hechos para penetrar en sus soledades.

18 de Diciembre. — Volvemos al mar. El 20 nos despedimos del Sur y favorecidos por un buen viento

nos dirigimos al Norte. A partir del cabo Tres Montes continúa nuestro viaje muy bonancible á lo largo de una costa alta notable por la valentía de sus colinas, cubiertas de monte que sube por sus costados casi perpendiculares. Al día siguiente descubrimos un puerto que en esta peligrosa costa podría ser muy útil á un barco en apuro. Puede reconocérsele con facilidad por una colina de 1.600 pies de altura más cónica todavía que la famosa montaña de azúcar de Río Janeiro. Echamos el ancla en este puerto y aprovecho nuestra estancia para trepar á esa colina. Penosa es la excursión, porque es tan abrupta la falda, que en algunos sitios me veo obligado á trepar por los árboles. Tengo también que atravesar varios campos de *fuchsia* de admirables flores caídas, pero en los que no es posible guiarse sino con gran trabajo. Gran sensación de placer se experimenta al llegar á la cumbre de una montaña cualquiera en estos países salvajes. Hay la vaga esperanza de ver algo extraordinario, esperanza muchas veces desvanecida, pero que siempre impulsa, sin embargo, hacia adelante. Bien sabido es, por lo demás, el sentimiento de triunfo y de orgullo que despierta en el ánimo un paisaje grandioso visto desde una altura considerable; y en estas comarcas, poco frecuentadas, se asocia además á ese sentimiento cierta aura de vanidad y nos decimos: ¡Tal vez soy yo el primer hombre que ha puesto el pie sobre esta cima, ó que ha admirado este espectáculo!

Siempre se siente gran deseo de saber si otro ser humano ha visitado ya un lugar muy apartado. Si se encuentra, por ejemplo, un pedazo de madera atravesado por un clavo, se estudia con tanto afán como un jeroglífico. Lleno de este sentimiento me detengo vivamente interesado, ante una masa de hierbas bajo



un saliente de la roca, en un punto retirado de esta costa salvaje. Esta masa de hierbas ha servido de cama con seguridad; cerca hay restos de fuego, y el hombre que ha habitado estos sitios se ha servido de un hacha. El fuego, la cama, la elección del sitio, todo indica la finura y destreza de un indio, pero, sin embargo, no puede ser indio; porque en esta parte del país se ha extinguido la raza, gracias al cuidado que han tenido los católicos en transformar al mismo tiempo á los indios en católicos y en esclavos. Llego, en fin, á la conclusión de que el hombre que ha hecho aquella cama en aquel lugar salvaje debe ser algún pobre marinero náufrago, que durante su viaje á lo largo de la costa ha descansado allí una triste noche.

*28 de Diciembre.*—Aunque el tiempo es horrible seguimos estudiando la costa. Los días se nos hacen larguísimos, como sucede siempre que prolongadas tempestades impiden marchar. Descubrimos por la tarde otro puerto y entramos en él. Apenas habíamos echado el ancla distinguimos un hombre que nos hace señas; se echa una canoa al agua y no tarda en volver con dos marineros. Seis hombres habían desertado de un ballenero americano, y desembarcado un poco al Sur del lugar en que nos encontramos; una ola había roto su canoa, y hacía quince meses que erraban por la costa sin saber dónde se hallaban ni hacia qué punto dirigirse. ¡Qué suerte fué para ellos nuestro descubrimiento de este puerto! Sin él habrían vagado hasta llegar á hacerse viejos en aquella costa silvestre y hubiesen acabado por morir allí. Habían sufrido mucho; uno de sus compañeros había muerto cayendo desde lo alto de un cantil. A veces habían tenido que separarse para buscar alimentos, y ese fué el motivo de encontrar yo aquel lecho solitario. Me sorprendió

mucho, al oír el relato de sus sufrimientos, ver cómo habían calculado tan bien el tiempo: no se equivocaban más que en cuatro días.

*30 de Diciembre.*—Echamos el ancla en una linda y pequeña bahía al pie de unas elevadas colinas, cerca del extremo septentrional del cabo Tres Montes. A la mañana siguiente y después de almorzar, hacemos la ascensión á una de estas montañas que tiene 2.400 pies (720 metros) de altura. Es admirable el panorama. La mayor parte de esta cadena se compone de grandes masas de granito, sólidas y abruptas que parecen contemporáneas de los principios del mundo. Cubre al granito una capa de micasquisto, que con el transcurso del tiempo se ha labrado en puntas extrañas. Estas dos capas tan diferentes por sus formas exteriores, se asemejan en una cosa: la falta de toda vegetación. Acostumbrados desde hace tanto tiempo á ver desarrollarse ante nosotros una floresta casi universal de árboles verde oscuro, contemplamos con alguna extrañeza este paisaje desnudo. La formación de estas montañas me interesa mucho. Esta cadena tan alta y complicada tiene un soberbio aspecto de antigüedad, pero es inútil lo mismo para el hombre que para los animales. El granito tiene un atractivo especial para el geólogo. Sobre estar muy extendido y además de que su grano es muy hermoso y muy compacto, hay muy pocas rocas que hayan dado tanto motivo como éstas á discusiones acerca de su origen. Vemos que constituye generalmente la roca fundamental, y, sea su origen el que quiera, sabemos que es la capa más profunda de la corteza del globo á que el hombre ha podido penetrar. El punto extremo á que alcanzan los conocimientos humanos en un sentido, sea el que fuere, ofrece siempre inmenso inte-